

PERALTA LABRADOR, EDUARDO: *Los Cántabros antes de Roma*. Real Academia de la Historia. Publicaciones del Gabinete de Antigüedades. Bibliotheca Archaeologica Hispana 5. Madrid. 2000. 326 págs. Ilust.

Por Sergio RÍOS GONZÁLEZ

La obra que ahora comentamos, basada en la tesis doctoral del autor, constituye la monografía más reciente dedicada al estudio de los Cántabros. Si bien su edición se realiza en el marco de una de las series arqueológicas que edita la Real Academia de la Historia, el campo de estudio y la metodología propuesta desbordan tanto el ámbito como los métodos y objetivos de la disciplina arqueológica. Dado que, como bien anticipa el autor en la introducción a su trabajo, en él se pretende abordar «el estudio de la etnografía, sociedad, instituciones y religión, así como la actualización de la arqueología y lingüística cántabras», con la finalidad de comprobar «si los cántabros eran un pueblo diferenciado étnica y culturalmente de los pueblos de su entorno». Para facilitar el avance en el conocimiento de la sociedad, las instituciones y la religión de los cántabros, se defiende la pertinencia de un estudio comparativo con «otros pueblos semejantes del ámbito indoeuropeo», peninsulares o no, justificado en la necesidad de superar o descifrar «la aparente opacidad del gran mosaico de datos arqueológicos, lingüísticos, sociales, institucionales, religiosos, etnográficos e históricos».

Esta inmersión de la Cantabria prerromana en el nebuloso mundo de los indoeuropeos relaciona esta obra de Peralta con la nutrida serie de libros y artículos que, especialmente a lo largo de la década de los noventa, han tratado de defender la celticidad y el carácter eminentemente guerrero de buena parte de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica. Ahora bien, pese a que la asunción de postulados celtistas marca el desarrollo de todo el trabajo, *Los Cántabros antes de Roma* no oculta por ello su deuda con la visión tradicional, aún hoy ampliamente aceptada, de los pueblos del N peninsular. Ésta se define, como es sabido, a partir de las elaboraciones historiográficas de investigadores como Schulten, Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal, Caro Baroja o González Echegaray,

entre otros, de los que Peralta asume buena parte de su discurso, con lo que las fuentes clásicas adquieren un peso abrumador en su obra, llegando incluso a condicionar de forma drástica su estructura. Esta circunstancia se percibe de entrada en la lectura del índice, con extensos apartados dedicados a analizar cuestiones tales como la situación y lindes de los populi de Cantabria, el problema del matriarcado, el suicidio de ancianos, etc, en suma, los fenómenos y aspectos que constituyen el eje de los relatos de los autores clásicos y, sobremanera, de Estrabón.

La lingüística es otra fuente ampliamente utilizada por Peralta, constituyéndose en argumento clave a la hora de defender la superposición de diversos substratos indoeuropeos, precélticos y célticos, como base étnica de la génesis del pueblo cántabro. En este sentido se suscriben punto por punto los planteamientos defendidos por Almagro Gorbea, al considerarse a los estratos lingüísticos prelatinos como la prueba de sucesivas oleadas migratorias. Esta interpretación no tiene en cuenta el extremo grado de prudencia con que deben ser utilizadas las propuestas de los filólogos, dado lo exiguo del registro que les sirve de base y la imposibilidad de su datación directa. Olvida asimismo que las cronologías defendidas para los diversos estratos paleolingüísticos son hoy en día insostenibles, a la vista de la revisión del panorama arqueológico del último milenio en la Península Ibérica, que pone de manifiesto la falta de fundamento de los planteamientos invasoristas que sirvieron de base histórica a dichas dataciones.

Frente a las fuentes lingüísticas y los autores clásicos, la arqueología tiene un papel menos relevante en el apoyo de los planteamientos defendidos por Peralta, circunstancia a la que obviamente no es ajena la escasa expresividad de este registro en lo tocante a materias sociales, institucionales y religiosas. El repertorio material de la Edad del Hierro se estudia en uno de los cuatro apartados que integran el capítulo dedicado al poblamiento, dedicado a las «culturas arqueológicas» y dividido con acuerdo a las fases que integran la periodización de la Edad del Hierro defendida por el autor: Primera Edad del Hierro; Segunda Edad del Hierro I, o Fase Miraveche Monte Bernorio; Segunda Edad del Hierro II, o Fase Celtibérica. La voluntad del autor es exponer someramente el actual estado de la cuestión, razón por la que suponemos no se aborda el estudio sistemático y seriado de los materiales. Partiendo del área de dispersión de los considerados más significativos, como determinados modelos de fíbulas, la cerámica pintada - mal llamada celtibérica-, los puñales tipo Miraveche-Monte Bernorio, los calderos de remaches, etc., el autor defiende la homogeneidad cultural de todo el territorio cántabro. A su juicio, ésta tuvo su origen fundamental en influjos que la vertiente norte de la Cordillera Cantábrica recibe desde la vertiente sur, que a su vez fue receptora de las influencias emanadas del valle del Duero y, en mayor medida, del valle del Ebro. Estos movimientos supuestamente se iniciarían a finales de la Edad del Bronce, para culminar con la cultura de los Campos de Urnas y la Celtiberización. El registro se interpreta por lo tanto desde una perspectiva de corte difusionista,

que no se puede sustraer de la influencia de los viejos planteamientos invasionistas de Bosh Gimpera y que asocia, indiscriminada e ilícitamente, repertorios materiales con grupos humanos. Por otra parte este planteamiento no es coherente con la realidad arqueológica actual, que en primer lugar pone de manifiesto la escasa influencia de los influjos continentales sobre el repertorio material del valle del Ebro y, en segundo lugar, va proporcionando cada vez más pruebas de la importancia de los contactos de la meseta norte con los territorios meridionales a lo largo de todo el primer milenio. En este sentido es especialmente significativo el yacimiento de la necrópolis de Las Ruedas (Valladolid), que ha suministrado el mayor número y las cronologías más antiguas que se disponen para los puñales de tipo Miraveche-Monte Bernorio, con lo que ya no cabe considerar a los asentamientos que dieron el nombre a esta «cultura» como zonas nucleares de la misma.

El estudio de los patrones de asentamiento se desgrana en los mismos apartados que la cultura material. Su principal punto de apoyo son recientes prospecciones, en las que el propio autor participó activamente y cuyo fruto más significativo ha sido el notable incremento del número de asentamientos conocidos a ambos lados de la Cordillera, además de la aportación de nuevos y relevantes datos al debate relacionado con la determinación del escenario de las Guerras Cántabras. Desgraciadamente este importante trabajo de campo no ha venido acompañado de estudios macroespaciales, con lo que el progreso en el conocimiento de los modelos de ocupación del territorio es prácticamente nulo. Por ello, carece de base arqueológica el carácter unívoco de las estrategias de explotación del medio que Peralta defiende para todo el territorio cántabro, fundada en un modelo jerarquizado sobre el que se efectúan muy vagas consideraciones. La existencia de un único patrón por otra parte no es coherente con la diversidad paisajística que integra el territorio objeto de estudio, que en buena lógica fuerza a la adopción de diferentes estrategias a la hora de abordar su aprovechamiento.

La etnografía y la mitología nórdica e irlandesa son otras dos fuentes profusamente utilizadas en este libro. Con el recurso a la primera se pasa por alto la dificultad que plantean el fijar la cronología y significado originario de las manifestaciones folclóricas utilizadas, sobre las que por otra parte se realizan inferencias insostenibles, como cuando se afirma que los zamarrones son un testigo de las cofradías de guerreros prerromanas. En cuanto al uso de la segunda, la principal objeción que cabe aducir al respecto es que se da por sentado que Cantabria perteneció al mismo universo cultural, hipótesis que en ningún momento se trata siquiera de demostrar.

La caracterización de las instituciones, sociedad y religión de los cántabros se trata en los capítulos 3, 4 y 5, si bien algunos de los aspectos abordados surgen recurrentemente a lo largo de toda la obra. La visión propuesta se funda en una heterogénea suma de datos arqueológicos, etnográficos, mitológicos, etc, que son seleccionados con el único criterio de la conveniencia, con independencia de su

adscripción geográfica o cronológica. Es decir, se pone el énfasis en aspectos que se considera que avalan la tesis propuesta, obviándose los que contradicen ésta. En rigor, y sin entrar a discutir la pertinencia de un método comparativo, lo mínimo que cabría exigir a su aplicación es que se fundara en un análisis sistemático y no en una referencia a fenómenos puntuales subjetivamente seleccionados. Por otra parte, en la mayor parte de los casos no se recurre directamente a las fuentes sino a interpretaciones de las mismas recogidas en diversas elaboraciones historiográficas. Entre ellas, Peralta otorga un papel destacado a la obra de diversos autores germanos de los años veinte y treinta del pasado siglo. El tema abordado por estos escritores es el fenómeno ario, por lo que huelga realizar precisión alguna respecto a la adscripción ideológica y el objetivo perseguido por estos trabajos.

El análisis pormenorizado de la serie de argumentos expuestos en el libro desborda los objetivos de una reseña. No obstante, sí cabe hacer una sucinta mención de algunas de las incoherencias más significativas que jalonan el texto, con objeto de dar una medida de la solidez de los principales planteamientos defendidos en el mismo. Así por ejemplo se sostiene que la estructura familiar cántabra era de tipo patriarcal, a la vez que se afirma que las hijas se quedaban en el territorio familiar y escogían esposa a sus hermanos, que pasaban a integrarse en la familia de sus mujeres. En el plano social se postula un esquema aristocrático, combinado con la presencia de fratrías de jóvenes guerreros unidos por lazos de fidelidad a un jefe, en las que se integraban incluso los hijos de los linajes más poderosos. Este predominio del componente aristocrático y guerrero no es óbice para defender al mismo tiempo la existencia de una jerarquización social basada en la edad, o para afirmar que todos los hombres eran libres. Incluso la declaración de guerra y la elección de un jefe militar estaban al margen de la casta aristocrática o guerrera, ya que, según Peralta, ambas decisiones eran responsabilidad de una asamblea en la que se integraban los hombres libres. Por otra parte esta visión de la sociedad e instituciones cántabras aparece absolutamente desvinculada de la realidad económica, dado que en ningún momento se señalan de dónde provenían los excedentes que alimentaban a la casta dirigente.

En materia religiosa se postula la presencia de un panteón en el que conviven el trifuncionalismo dumeziliano con la presencia de divinidades absolutamente antagónicas con este rígido esquema, como la diosa madre o deidades de las aguas y de los ríos, en una combinación que cabe suponer reflejo de los diversos estratos étnicos que según Peralta generaron el pueblo cántabro. Dada la parquedad de datos que en materia religiosa aporta el territorio cántabro, especialmente la vertiente norte de la Cordillera, el peso de la argumentación se apoya mayoritariamente en la toponimia y en corpus epigráficos ajenos a este territorio. De hecho, la parca lista de divinidades recogidas en los epígrafes votivos procedentes de Cantabria se merma aún más mediante una cuidada selección, que lleva a destacar a divinidades como Erudino, que sólo consta en un epígrafe y que es considerado (¡cómo no!) un dios guerrero, mientras que se prescinde de

otras como Epona, que paradójicamente da testimonio de contactos con Europa pero que, salvo excepciones notables como Sterckx, incomoda sobremanera a los defensores de la trifuncionalidad Dumeziliana.

En suma, se puede considerar que la obra de Peralta lleva hasta el paroxismo la metodología, planteamientos y objetivos de la corriente historiográfica de corte etnohistórico que, desde los albores de la pasada década de los noventa, trata de reivindicar el carácter céltico y preeminentemente guerrero de buena parte de los pueblos prerromanos de la Península.